

POLÍTICA Y CIENCIA

LOS PRESUPUESTOS EPISTEMOLÓGICOS DEL MODERNO SABER DE LA POLÍTICA

Dr. **JUAN FERNANDO SEGOVIA**

*Profesor Adjunto de Historia
de las Ideas Políticas*

INTRODUCCIÓN

Desde hace ya varios años se ha iniciado una revisión de lo que tradicionalmente se conoce como "ciencia política". Las modernas tendencias en ciencia política pretenden, con sus novedosos enfoques, obtener un saber superior al antes existente, o, mejor dicho, producir un verdadero conocimiento científico de la política. Para ello se parte de una petición de principio: se acepta que la moderna ciencia política ha debido partir de cero y construir su saber *ex nihilo*, de la nada, pues el conocimiento preexistente de la política, o no existía como tal, o, de haber existido, no era científico. Lo común es aceptar la *moedad* de la ciencia política, presentándola como una ciencia joven. "La ciencia política, en efecto —dice Burdeau—, no tiene pasado"⁽¹⁾,

Intentamos en el presente trabajo demostrar la presuntuosidad de que hace gala esta tesis; su petulante actitud para con el saber clásico y su desprecio por la filosofía política son —según intentaremos probar— fruto de una concepción científica radicalmente *positivista*. Esta impronta (filosófica, por cierto) tiñe todo el saber actual de la política y supone una noción específica y *unívoca* del término *ciencia*.

Queremos evidenciar que existen diversos modos de conocer la política sin que dejen de ser científicos *stricto sensu*. Pero entre estos saberes (que dialécticamente presentaremos como el "clásico" y el "moderno") existe una diferencia esencial, pues mientras el primero tiende a descubrir las más profundas causas del hecho político, el segundo sólo percibe sus fundamentos sensibles. En el fondo, la diferencia radica no tanto en el estudio de objetos absolutamente diversos, cuanto en la variedad de patrones científicos utilizados.

1 BURDEAU, Georges, **Método de la ciencia política**, trad. de J. C. Puig, (Buenos Aires, Depalma, 1976), p. 3. El marxismo coincide en este juicio; ver: KAPLAN, Marcos, **Teoría política y realidad latinoamericana** (México, F.C.E., 1976), p. 7.

En síntesis, sostendremos la tesis de que la moderna ciencia política — si bien es científica— es menos penetrante y razonable que la clásica. Con el objeto de ilustrar y demostrar la tesis analizaremos los presupuestos teórico—científicos de la ciencia política actual; pero, para la cabal comprensión de la moderna epistemología científica, hemos creído prudente exponer previamente, y en forma breve, la noción analógica de la ciencia y el saber clásico en política. Por lo tanto, en los capítulos siguientes se tratará:

Cap. I: Sobre la ciencia y su carácter análogo.

Cap. II: La ciencia política clásica.

Cap. III: La moderna ciencia política:

A. Raíz histórica del nuevo enfoque.

B. La "nuda" política.

C. Positivismo y metodología.

D. Antifilosofismo.

E. Teoricismo.

F. Objetividad.

G. Relativismo axiológico científico.

Cap. IV: Conclusiones.

CAPITULO I

SOBRE LA CIENCIA Y SU CARÁCTER ANÁLOGO

Desde que Christian Wolff, en el siglo XVIII, sistematizó el campo del saber humano, se ha vulgarizado su tesis de que la filosofía es un conocimiento *a priori*, alejado del contacto real y, por tanto, opuesto al conocimiento de ciencia sobre existencias concretas. La ciencia se define, a partir de aquel entonces, como el *modo de conocer metódico y sistemático* ⁽²⁾. Este concepto, aceptable en principio, se ha empleado unilateralmente, en forma *unívoca*, significando un exclusivo y excluyente modo de saber, basado (como veremos) en un determinado método científico ⁽³⁾. De esta unívoca utilización de la ciencia ha derivado una correlativa estrechez del ámbito propiamente científico: sólo se admiten como ciencias —tal la tesis del Círculo de Viena— las tautológicas (como las matemáticas y la lógica) y las basadas en la experiencia sensible siempre que sean expresables matemáticamente (como la química, la física, la atómica, etc.)

2 ALEJANDRO, José María de. **La lógica y el hombre** (Madrid, B.A.C., 1970), p. 375.

3 ARISTÓTELES llama unívocas a las cosas que "no solamente llevan el mismo nombre, sino que la definición de esencia es la misma". **Categorías**, 4a. ed., trad. de F. de P. Samaranch, (Madrid, Aguilar, 1982), cap. I.

En realidad, en este intento subyace la pretensión de negar a la filosofía el carácter de ciencia. Se siente aversión hacia la filosofía, se la reduce a "ética" (por valorativa), se la reduce a un arte (como Durkheim) y se la acusa de no poder demostrar sus aseveraciones.

Sin embargo, aun admitiendo la definición actualmente dominante de ciencia, no creemos que la filosofía deje de serlo. Debe tenerse presente que la ciencia, no sólo como término sino también como concepto, tiene carácter *análogo*, pues puede predicarse de variadas y diversas realidades que mantienen cierta relación o unidad lo que autoriza su denominación de idéntica forma ⁽⁴⁾. No podemos dudar de que la historia y la química, la medicina y las matemáticas, la filosofía y la lógica, la ética y la estética, etc., constituyen ciencias.

Puede observarse que todos estos saberes versan sobre objetos distintos, pero que existe algo en común que permite denominarlos a todos "ciencia". Ese algo común, ese *primer analogado*, está dado por el intento de ser una *explicación etiológica* de un sector de la realidad, pues ya advertía Aristóteles que "no tenemos ciencia de una cosa sino cuando hemos conocido la causa"⁽⁵⁾. Lo que a estos diversos saberes les otorga el rango de científicos es que son explicativos o causales; lo que los distingue radicalmente son los objetos (sectores de la realidad) diferentes que ellos explican.

Es el *objeto material* al que se dirige el entendimiento el que funda la primera distinción del saber humano, pues la simple experiencia nos demuestra que hay objetos cuyo ser no depende del hombre, en tanto otros los adquieren merced al hacer u obrar humano. Según lo expresa Aristóteles, "sobre lo eterno nadie delibera, por ejemplo sobre el cosmos". . . , en cambio, "deliberamos sobre lo que está a nuestro alcance y es realizable" . . . ⁽⁶⁾. A grandes rasgos, el Estagirita quiere significar que no se delibera sobre lo dado, sobre aquellas realidades cuyo ser no está en dependencia del acto humano; de ahí que el terreno propicio para la deliberación está en aquellas cosas que advienen a la existencia por obra o acto humano. Delimitado el campo de los objetos del saber humano en especulables y

4 Sobre analogía, ver: SANGUINETTI, Juan José, **Lógica** (Pamplona, EUNSA, 1982), ps. 55/62, y la bibliografía allí citada.

5 ARISTÓTELES, **Analíticos posteriores**, trad. de F. de P. Samaranch, (Madrid, Aguilar, 1958), I, 2. "La **causa** —escribe un autor— es la **razón** del efecto, lo que lo explica, lo que hace inconcebible su negación." MOREAU, Joseph, **Aristóteles y su escuela**, trad. por M. Ayerra, 2a. ed., (Buenos Aires, EUDEBA, 1979), p. 37. Sobre la causa en Aristóteles y Galileo, ver: BUNGE, Mario, **Causalidad**, trad. por H. Rodríguez, 4a. ed., (Buenos Aires, EUDEBA, 1978), ps. 43/65. Compárese la definición aristotélica de ciencia como saber explicativo-causal de la realidad (**An. post. . . . cit.**, I, 33), con la socrática que ve en la ciencia "una opinión verdadera acompañada de razón". PLATÓN, **Teeteto**, trad. de J. A. Míguez, 6a. ed., (Buenos Aires, Aguilar, 1982), 201d, 202c.

6 ARISTÓTELES, **Ética a Nicómaco**, trad. de M. Araujo y J. Marías, (Madrid, IDEP, 1970), III, 3, 1112a.

operables, entre estos últimos, realizables por el hombre, deben diferenciarse dos clases, según que el actuar humano sea transitivo y se refleje en producciones (objetos factibles, campo de la poiesis, gobernado por las técnicas y las artes) o que el obrar humano sea inmanente y su propósito principal sea la perfección del agente antes que la de la obra (objetos ágiles, campo de la praxis, regido por la prudencia)⁽⁷⁾.

Esta distinción tiene su razón de ser. Según el enfoque tradicional de las ciencias, la precisión del objeto material del saber es el paso inicial en la determinación del tipo científico de conocimiento, pues no se conoce de la misma manera lo dado (p.e., el sistema solar) que lo que debe ser obrado (p.e., la justicia o la política). Tanto el cosmos como el pensamiento pueden ser estudiados, de ambos puede hacerse ciencia, pero no se los afrontará de la misma manera ni se alcanzarán verdades igualmente ciertas y seguras. Retomando la lección aristotélica, debemos advertir que "es propio del hombre instruido buscar la exactitud en cada género de conocimiento en la medida que lo admita la naturaleza del asunto; evidentemente —continúa el Filósofo—, tan absurdo sería aprobar a un matemático que empleara la persuasión como reclamar demostraciones a un retórico"⁽⁸⁾.

De esta afirmación surge:

1.— que el objeto material (y luego el formal) determina el grado de ciencia;

2.— que hay ciencia tanto sobre lo especulable (ciencias teóricas o especulativas) cuanto sobre lo operable (ciencias prácticas); y

3.— que según sea el objeto, será el método científico.

En cuanto a lo primero, existe una íntima correlación entre el grado de perfección del ser y el grado de perfección del conocimiento, ya que según sea el objeto, será la ciencia⁽⁹⁾. Es por ello que, en cuanto a lo segundo, hay ciencia tanto de lo especulable cuanto de lo operable; en las primeras existe una mayor certeza en el saber, en las segundas, en cambio, la certeza disminuye considerablemente en el momento del obrar⁽¹⁰⁾; por ello, no han de conocerse igualmente objetos diferentes. El método, en cuanto a lo tercero, sigue al objeto y debe adaptarse a él.

7 ARISTÓTELES, Et. Nic___ cit. VI, 4-5, 1140a-b. Ver: PALACIOS, Leopoldo **La prudencia política**, 4a. ed., (Madrid, Gredos, 1978), ps. 41/51.

8 ARISTÓTELES, Et. Nic___ cit., I, 3, 1094b.

9 En general, ver: DERISI, Octavio N., **La doctrina de la inteligencia de Aristóteles hasta Santo Tomás** (Buenos Aires, Club de Lectores, 1980), p. 76 ss.

10 Sobre conocimiento práctico en general, ver: MASSINI, Carlos Ignacio, **El conocimiento práctico** (en Prudentia Iuris, Buenos Aires, núm. I, agosto de 1980, ps. 27-62; también, el sintético ensayo de ROSSI, Abelardo F., **Conocimiento especulativo y conocimiento práctico** en UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO, **Actas del Primer Congreso Nacional de Filosofía**, tm. II, (Mendoza, U.N.C., 1950), ps. 1195/1204. Ambos trabajos contienen la bibliografía clásica y contemporánea sobre el tema.

Como seguidamente veremos, la moderna ciencia política ignora supinamente todos estos aspectos. La raíz positivista que está a la base de toda su conceptualización, le impide admitir que la política es ciencia práctica, que su objeto difiere de las ciencias especulativas o teóricas (especialmente, de las tautológicas y experienciables), y que su metodología, por esto, es también diversa.

CAPITULO II

LA CIENCIA POLÍTICA CLASICA

Tradicionalmente la política ha sido considerada como aquella actividad humana que persigue el mejor bien de la comunidad, lo que supone afirmar, por un lado, que la política es una forma de vida natural al hombre, en su doble sentido de primitiva y necesaria, pues es el hombre mismo en tanto *zoon politikon* quien causa la comunidad política. Por el otro, tal definición asigna al ser político una preeminencia perfectiva respecto de los restantes órdenes de la sociabilidad. En total acuerdo con la concepción clásica, MARTINOTTI entiende que es política "toda actividad funcionalmente encaminada a procurar el concierto de los bienes humanos y a jerarquizarlos en orden al bien del conjunto" ⁽¹¹⁾.

Cuando se busca el sentido, la razón de ser, en suma, *el fin* de la convivencia política, se descubre que, por su intermedio, el hombre alcanza una clase de bien que le permite obtener sus bienes individuales y los sociales. Los hombres, dice Aristóteles, "no se han asociado solamente para vivir, sino para vivir bien", por lo que —según Santo Tomás de Aquino— "el fin que un pueblo junto tiene es vivir conforme a la virtud" ⁽¹²⁾. Aprendido el fin, la causa final de la política, aprendemos también los caracteres de esta actividad. En principio, por cuanto la política no es ajena al bien humano, es de sus notas la *eticidad*. La actividad política procura el supremo bien humano terrenal, el bien común, el bien propio de la convivencia estatal, que es el que da fundamento radical y último a las diversas formas de ordenación política.

Frente a la moderna ciencia de la política que pretende hacer de ella una actividad neutra a todo valor, el saber clásico dimensiona la naturaleza valorativa del obrar político. En tanto la política es un tipo de comportamiento humano encaminado al logro de un bien específico, esto es, la buena

11 MARTINOTTI, Héctor Julio, **Filosofía social** (Buenos Aires, EUACS, 1964), p. 75.

12 ARISTÓTELES, **Política**, trad. de M. Araujo y J. Marías, (Madrid, IDEP, 1970), III, 9, 1280a; SANTO TOMAS DE AQUINO, **Del gobierno de los príncipes**, trad. de A.O. das Seijas y Tobar, vol. I, (Buenos Aires, Ed. Cultural, 1945), cap. 14, lib. I.

convivencia o vivir virtuoso, no está exenta de valoraciones éticas ⁽¹³⁾. No otra cosa enseñaba Sócrates: "Lo que necesitan las ciudades, Alcibiades, no son murallas, trirremes o arsenales," si quieren disfrutar de la ciudad, ni siquiera mucha población o grandeza, a falta de virtud" ⁽¹⁴⁾.

Afirmado el contenido ético de la política, se hace presente la jerarquía o *excelencia* de esta actividad, pues ésta no es un mero hacer, sino un saber hacer, un obrar, un quehacer racional que aspira a lo mejor. El saber político es un saber capaz de dar razón de su propia naturaleza y del fundamento del fin que se propone. Por eso está lejos de todo argumento sofístico ⁽¹⁵⁾. Es más, en tanto que ciencia del bien de la comunidad, la política es, entre todas las demás, "la más principal y eminentemente directiva", afirma Aristóteles ⁽¹⁶⁾.

¿De qué manera era conocida la política? ¿Cómo se hacía de ella ciencia? Si la política es aquella actividad humana que versa sobre el bien propio de la *polis*, su conocimiento científico debe ser, fundamentalmente, conocimiento de ese bien, que, dentro de la perspectiva clásica, se engloba bajo las diversas *virtudes*. Es por ello que la política era materia del filósofo, pues, como lo recuerda Platón, sólo el sabio es virtuoso ⁽¹⁷⁾ y sólo el virtuoso es libre ⁽¹⁸⁾. Será el filósofo político el mejor capacitado para indicar y elegir el bien más apetecible en el estado y, posteriormente, determinar sus leyes e instituciones, es decir, los medios para gobernarla. Aristóteles decía que el filósofo político era el "arquitecto del fin", y su función era capital en la comunidad, pues "determinado el fin, decimos de cada cosa que es buena o mala en sentido absoluto" ⁽¹⁹⁾.

Es la filosofía el camino para establecer lo que es mejor para la polis siempre y en todo lugar, es decir, el *régimen político óptimo*. Que el determinar cuál sea el mejor régimen para la polis es el objeto de la ciencia política, lo advirtieron claramente Platón y Aristóteles. El primero, en la obra cumbre de su ancianidad, hacía decir al Ateniese que debía obrarse según la máxima y exponer en primer lugar lo mejor, y por eso invitaba a sus amigos

13 Ver: HENNIS, Wilhelm, **Política y filosofía práctica**. Trad. de R. Gutiérrez G., (Buenos Aires, Sur, 1973), ps. 22 ss.

14 PLATÓN, **Alcibiades**, 4a. ed., trad. de J.A. Míguez, (Buenos Aires, Aguilar, 1965), 134 b.

15 Varios textos clásicos repudian el concepto sofista de la política, p.e., ARISTÓTELES, Et. Nic....cit., 1181a; y PLATÓN, **Gorgias**, trad. de F. García Y., (Buenos Aires, Aguilar, 1980), 485a.

16 ARISTÓTELES, Et. Nic....cit., 1094a-b. Ver PLATÓN, **República**, trad. por J. M. Pabón y M. Fernández G., (Madrid, IDEP, 1969), 305e.

17 PLATÓN, Ra....cit., 409d-e.

18 PLATÓN, Alc....cit., 135 c.

19 ARISTÓTELES, Et. Nic....cit., VII, 11, 1152b. Comparar con PLATÓN, **Las Leyes**, trad. por J. NI. Pabón y M. Fernández G., (Madrid, IDEP, 1960), 857e; 858c-d; y con CICERÓN, **República**, trad. de R. Pérez D., (Madrid, Aguilar, 1979), I, 33.

a exponer "el sistema (de gobierno) que más sobresalga en excelencia". . .⁽²⁰⁾. Y el Filósofo escribió: "El que se proponga hacer un estudio adecuado del régimen mejor, tendrá que definir primero necesariamente cuál es la vida más preferible, pues mientras no esté en claro tampoco podrá estarlo, forzosamente, el régimen mejor". Si es el sabio quien conoce la mejor vida, sabrá el también qué clase de vida política es la preferible⁽²¹⁾.

El conocimiento del régimen político bueno no era meramente teórico; su especulación por el filósofo llevaba, intrínsecamente, la necesidad de la operación. Al igual que la virtud, que no existe sin la conducta del virtuoso, el régimen mejor de la polis no puede existir sin los hombres que lo operen, que lo hagan real. *El conocimiento político*, por tanto, es esencialmente práctico. Su nivel teórico no tendría sentido si no se dirigiera a la voluntad, si no fuera un saber para obrar⁽²²⁾.

Por ser de naturaleza práctica, la ciencia política prescribe conductas ordenándolas al fin común. La presencia de la finalidad del obrar ilumina la obra. Y el fin es, por cierto, operativo. Según lo describe Cicerón (por boca de Marco), el discurso político "se endereza a robustecer las repúblicas, consolidar las constituciones y salvaguardar los pueblos"⁽²³⁾. Notemos que los verbos empleados denotan la imperiosidad del obrar; el filósofo ha dicho *firmandas, stabiliendas, sanandos*. No se trata sólo de describir y demostrar lo que es mejor; es menester hacer lo que se requiera para que las repúblicas se robustezcan, las constituciones (*civitates, urbes*) se consoliden y los pueblos (*populi*) sean protegidos.

Por lo tanto, en política deben conjugarse dos planos: el de las valoraciones y el de las operaciones, el de los principios y el de las circunstancias, el de lo universal y el de lo particular, el de lo necesario y el de lo contingente. Es decir, la filosofía política en tanto saber de los principios del obrar ha menester la compañía de la *prudencia política*, sabiamente definida por Sócrates como el saber de las decisiones, el "ser acertado en las determinaciones"⁽²⁴⁾, ya que si por la primera accedemos al conocimiento de lo invariable, por la segunda penetramos en el campo de lo circunstanciado. La interrelación de estos dos niveles garantiza un conocimiento integral de la política. La filosofía política, según explica Rommen. "da solamente la trama

20 PLATÓN, **Leyes**. . . cit., 739a-b.

21 ARISTÓTELES, *Pol.*... cit., IV, 1, ab initio. Consúltese el provechoso capítulo inicial de STRAUSS, Leo, **¿Qué es filosofía política?**, trad. por A.A. de la Cruz, (Madrid, Guadarrama, 1970), ps. 11 ss.

22 Para Wilhelm HENNIS (ob. cit., cap. VI, ps. 111-144), la naturaleza práctica de la política debe llevar a la restauración de la tópica aristotélica. Sobre la necesidad de emplear variadas metodologías, justificadas por el objeto extenso y complejo de la ciencia política, ver: SONTHEIMER, Kurt, **Ciencia política y teoría jurídica del estado**, trad. por L. G. Villagra, (Buenos Aires, EUDEBA, 1971), passim.

23 CICERÓN, **Las Leyes**, trad. por A. D'Ors, (Madrid, IDEP, 1970), I, 13, 37.

24 PLATÓN, **Rep.** . . .cit. 428b.

de los principios generales sobre el cual la política, como un arte arquitectónico, guiada por la prudencia, construirá el orden concreto siempre cambiante" ⁽²⁵⁾.

En última instancia, creemos que *el conocimiento prudencial tiene preeminencia* sobre la sola especulación, cuando se trata de saberes prácticos, pues si ambas potencias del espíritu humano (la intelección de los universales de la conducta y la voluntad expresa en la decisión) se requieren para que la política sea verdaderamente tal, el momento decisorio será el privilegiado como el definitivamente político. El saber político es un saber para obrar que se obtiene, en tanto práctico, por una extensión del intelecto teórico hacia la operación ⁽²⁶⁾; por ello, quedarse en la etapa inicial de la teorización no es hacer política, debido a que ésta está en la operación del agente en la contingencia histórica. Y esto sólo es posible a través de las indicaciones de la prudencia, pues el acto prudencial es a la manera de continente de los principios políticos, que son el contenido impreso en la operación.

Tiene sentido, entonces, definir a la ciencia política, como lo hace Oberndörfer, diciendo que es *el pensar previo a la praxis*, pues, en tanto saber práctico, surge "a partir de la pregunta por lo que a la luz de lo posible y de lo bueno deseable debe y puede acontecer", ya que en ciencia política lo que hay que hacer 'no está dado sino encomendado' ⁽²⁷⁾.

En síntesis, la visión clásica de la ciencia política se edifica sobre las siguientes bases:

- 1.— el objeto material de la ciencia política es el *obrar humano*;
- 2.— el objeto formal de la ciencia política es el *obrar humano político*, entendido como aquel tendiente al bien del conjunto, del todo;
- 3.— por ser causa material de la política la conducta del hombre, se trata de un saber *ético* o, al menos, en el que se hallan implicados presupuestos éticos;
- 4.— por ser causa final de la política el bien humano definido como el común al estado, se trata de un saber *valorativo y prescriptivo*;
- 5.— debido a la naturaleza de sus causas, la política, en tanto saber, se define como una *ciencia práctica*;
- 6.— al ser práctica, la ciencia política es un saber que interrelaciona *principios universales y circunstancias cambiantes*; las coordenadas de la acción políticas son, entonces, lo bueno deseable y lo bueno posible;

25 ROMMEN, Heinrich A., **Et estado en el pensamiento católico**, trad. de E. Tierno Galván, (Madrid, IDEP, (1956), p. 68,

26 SANTO TOMAS DE AQUINO, **Suma teológica**, trad. de T. Urdánzo, (Madrid, BAC, 1954), I, q. 79, a. 2, dice: "**intellectus speculativum fit per extensionem practicum**". Ello indica que no hay oposición entre la razón especulativa y la práctica, pues no son intelectos opuestos. El intelecto práctico es, al mismo tiempo teórico, visto bajo un nuevo aspecto: el de la **praxis**.

27 OBERNDÖRFER, Dieter, **La política como ciencia práctica** (en Ethos, Buenos Aires, núms. 4-5, 1971, pág. 20).

7.— una ciencia política integral supone *saber de ciencia* (lo deseable) y *saber de prudencia* (lo posible);

8.— por ser la política una ciencia de la praxis, *el nivel prudencial es el preeminente*; y

9.— finalmente, la política es *la ciencia por excelencia* de la comunidad, en razón de que, como saber arquitectónico, determina la necesidad y el aporte de las demás ciencias.

CAPITULO III

LA MODERNA CIENCIA POLÍTICA

SOCRATES: "¡Oh, querido Alcibíades, qué infortunio el tuyo! En verdad que no me atrevo a calificarlo, aunque ya que estamos solos lo diré. Porque tú convives, querido, con la peor de las ignorancias, es nuestro razonamiento el que te descubre y, mejor, tú a ti mismo; por lo cual cabe decir que te lanzas a la política antes de recibir la debida instrucción". Platón, Alcibiades, 118b.

A — Raíz histórica del nuevo enfoque

La filosofía clásica pervivió desde los antiguos hasta la decadencia de la civilización cristiana. Durante el medioevo y los comienzos de la modernidad, los *espejos de príncipes*, ricos catálogos en principios de operación y reglas tópicos para el gobernante, constituían el género literario político por excelencia. Sin embargo, la revolución de la inteligencia operada en el siglo XVI producirá un cambio fundamental en el entendimiento de la política, es decir, en la concepción del fin y de los medios de la convivencia. Muchos nombres (desde Marsilio de Padua y Guillermo de Occam hasta Spinoza y Descartes, entre otros) y muchas filosofías (la mayoría contradictorias entre sí) contribuirán a destruir los cimientos de la cultura ancestral. Racionalismo y empirismo, idealismo y positivismo, forjarán una visión novedosa del hombre y del mundo, y del conocimiento del mundo por el hombre. Maquiavelo en su *De principatibus* —que no es sino un moderno espejo de príncipes por su espíritu y finalidad—, propondrá un nuevo objeto de saber

para la política; los nuevos filósofos, cualesquiera fueran las corrientes filosóficas en que se puedan enrolar, enseñarán el camino para adentrarse en ese novísimo campo de conocimiento.

Explicando esta nueva visión que estalla en la modernidad, ha escrito el historiador español Jesús Pabón: "Para hacer al pueblo dichoso, es preciso renovarlo, cambiar sus ideas, cambiar sus leyes, cambiar sus costumbres, cambiar los hombres, cambiar las cosas: ¡destruirlo todo! ¡Sí! Destruirlo todo porque todo ha de ser creado de nuevo" ⁽²⁸⁾.

Es la noción misma de *modernidad* la raíz de la actitud revolucionaria del hombre moderno. Si hay un nuevo mundo, si hay un mundo distinto y opuesto al anterior, para conocerlo deberá el hombre recurrir a nuevos saberes y nuevos métodos. Galileo propondrá exitosamente la universalización del método de las ciencias físico-matemáticas y su extensión a la filosofía. "El libro de la filosofía —escribió el sabio florentino— es el de la naturaleza, que está constantemente ante nuestros ojos, pero que sólo unos pocos son capaces de descifrar y leer, ya que está escrito y compuesto en caracteres distintos de los de nuestro alfabeto, en triángulos y cuadrados, círculos y esferas, conos y pirámides" ⁽²⁹⁾.

Para comprender la grande influencia del paradigma científico recién presentado, basta recorrer las páginas de la *Ética* de Spinoza y su lenguaje *more geométrico*. Nada extraña que esta pretensión científicista acabe por impregnar también la ciencia política.

Según lo ha demostrado Eric Voegelin, esta nueva concepción de la ciencia ha recibido un impulso exitoso merced a su *raigambre gnóstica*. Su orgullo inmanentista tiene justificación en su pretensión salvífica del hombre ⁽³⁰⁾. La ciencia, una vez concluido el medioevo, ya no será un conocimiento especializado de la realidad; a partir de entonces la ciencia se convierte en conocimiento de salvación. La ciencia se sustituye a la religión y el científico puede definirse como un cabal hombre de fe ⁽³¹⁾. Pero, preciso es señalarlo, se trata de una fe y de una religión puramente naturales que religan al hombre (individuo autosuficiente) con la materia de la naturaleza, y no a la criatura humana con el Dios Creador.

El triunfo de esta nueva idea de ciencia, que no es otra que la de las ciencias físico-matemáticas y naturales, ha relegado a un segundo plano a ese grupo informe y heterogéneo configurado por las llamadas ciencias "del

28 PABÓN, Jesús, *Franklin y Europa* (Madrid, Rialp, 1957), p. 134.

29 Citado por MAYER, J.P., *Trayectoria del pensamiento político*, trad. de V. Herrero, (México, F.C.E., 1976), p. 111.

30 Ver: VOEGELIN, Eric, *Nueva ciencia de la política*, trad. por J.E. Sánchez P., (Madrid, Rialp, 1968), ps. 199 ss.; *Ciencia, política y gnosticismo*, trad. de E. Prieto M., (Madrid, Rialp, 1973), cap. I; y ZULETA PUCEIRO, Enrique, *Razón política y tradición* (Madrid, Speiro, 1982), cap. II.

31 Ver: POLANYI, Michael, *Ciencia, fe y sociedad*, trad. de M. D. Cuadrado, (Madrid, Taurus, 1961), *passim*.

hombre", "sociales" o "culturales". A éstas, como advirtiera Popper, no le ha llegado aún el Galileo que pueda liberarlas de las trabas gnoseológicas⁽³²⁾.

Antes de adentrarnos en la descripción de los presupuestos de la ciencia política positivista, debe recordarse que la ciencia es un concepto *análogo*, por lo que debemos reconocer la validez científica tanto del antiguo como del moderno saber en política. Sin embargo, no podemos dejar de reconocer lo que creemos es la superioridad de aquél sobre éste, especialmente por la calidad y valor de las verdades alcanzadas; la ciencia política moderna ha renunciado a su esencia, abdicando de su naturaleza y mudando por completo de objetivos y métodos⁽³³⁾. Esa profunda escisión entre ambos saberes comenzó a edificarse al definirse la política desde una perspectiva totalmente diversa.

B — La nuda política

A partir de Maquiavelo, venerado por los modernos como el padre fundador de la política científica, ésta se jacta de haber descubierto un objeto propio y específico, despojado de inmundicias filosóficas e inútiles consideraciones éticas. A partir de aquel entonces, la ciencia política describe su objeto como la "nuda" política, es decir, la "física" política, desimpregnada de todo factor no político que la enturbiara en el pasado. De la misma manera que Kelsen extremó el positivismo de sus predecesores y se abocó a la tarea de purificar el derecho, los politicólogos actuales aceptaron el reto impuesto por el modernismo renacentista e intentan hoy construir una *política pura*.

Pero para que ello sea posible, hay que encontrar un objeto que se preste a la purificación. Este objeto, centro y eje rector de la política, es *el poder*, entendido como dominio o superioridad de un hombre o grupo sobre otros hombres o grupos. Ya en la carta dirigida a su amigo Vettori, del 10 de diciembre de 1513, escribiera Maquiavelo haber compuesto un opúsculo en el que abordaba el problema de los principados; más exactamente, su propósito no era otro que dar reglas prácticas que reflejaran "cómo se adquieren, cómo se mantienen y cómo se pierden" los principados³⁴. Esta concepción, reflejada por el florentino en su obra universalmente conocida como *El príncipe*, es la que prevalece en la actualidad, no sólo entre los científicos de laboratorio, sino también entre las costumbres de las naciones.

32 POPPER, Karl, **La miseria del historicismo**, trad. de P. Schwartz, (Madrid, Alianza-Taurus, 1973), p. 15.

33 STRASSER, Carlos, **La razón científica en política y sociología** (Buenos Aires, Amorrortu, 1977), ps. 19 ss.

34 Citado por AROCENA, Luis A. (ed.), **Las cartas privadas de Nicolás Maquiavelo**, trad. por L. A. Arocena, (Buenos Aires, EUDEBA, 1979), p. 118.

La política es, entonces, sinónimo de poder; la ciencia política, por tanto, como lo expresara Duverger, "es la ciencia del poder en todas sus formas" ⁽³⁵⁾. Cuando se emprende cualquier investigación en política, dice Laswell, debe centrarse el estudio en el poder y los poderosos, en la influencia y los influyentes, no para justificar preferencias sino para exponer circunstancias. "Politics: who gets, what, when and how", tal el objetivo de la ciencia política ⁽³⁶⁾.

Max Weber, famoso sociólogo alemán, es quien más crudamente ha expuesto esta visión. Según lo dijera en un breve y conocido ensayo, la política "significa la aspiración a participar en el poder o a influir en la distribución del poder entre los distintos estados, o, dentro de un mismo estado, entre los distintos grupos de hombres que lo componen" ⁽³⁷⁾. El poder no tiene nada de moral y ético; por su contenido se lo define sólo como *violencia física legítima*; y el estado, organización del poder, no se entiende sino como una comunidad territorial "que reclama (con éxito) —dice Weber— para sí el monopolio de la violencia física" ⁽³⁸⁾.

La física política devela (y únicamente eso pretende) el nudo gordiano de la convivencia humana. La política es ejercicio de poder dominativo. El *para qué* de ese ejercicio es un interrogante que no molesta a los modernos científicos políticos, pues los fines son metapolíticos y se encuentran fuera de todo cuestionamiento estricto de ciencia. Los fines no importan, advierte Weber, pues se puede aspirar al poder "como medio para la consecución de otros fines (idealistas o egoístas) o al poder 'por el poder', para gozar del sentimiento de prestigio que él confiere" ⁽³⁹⁾.

Como puede advertirse, la ciencia política en tanto etiológica del poder, no es una exposición integral de las causas del fenómeno político. La causa final no existe para esta ciencia; si el poder debe tener una dirección es algo ajeno a la explicación científica; ésta sólo puede advertir que el fin del poder está en el destino que le traza el ocasional gobernante. La ciencia positiva resta también importancia a la causa eficiente, pues lo gravitante es la existencia del fenómeno y, cualesquiera sean sus motivos, toda actividad política es en su instancia final manifestación de una superioridad humana que genera repartos autoritarios de influencias y valores. Lo relevante, pues, en ciencia política son las causas material y formal del poder, aunque ambas no son sino la igual y misma cosa. La materia de la política es el poder, la más

35 DUVERGER, Maurice, **Métodos de las ciencias sociales**, 10a ed., trad. de A. Sureda, (Barcelona, Ariel, 1978), p. 536.

36 LASSWELL, Harold O., **La política como reparto de influencia**, trad. de R. Luquis, (Madrid, Aguilar, 1974), ps. 9, 23-26, etc.

37 WEBER, Max, **El político y el científico**, trad. de F. Rubio Llorente, 6a ed., (Madrid, Alianza, 1980), p. 84.

38 Idem, p. 83.

39 Idem, p. 84.

de las veces aceptado como un "hecho biológico" ⁽⁴⁰⁾. Inclusive puede cómodamente aceptarse un biologismo extremo y ridículo, como el de Catlin, cuando señala la importancia que para la ciencia política tiene el estudio de la conducta animal. "El estudio de las hormigas —dice Catlin— nos da nociones comparativas del totalitarismo; el de las abejas puede darnos, sin falsas analogías, nociones de una sociedad regida por el macho dominante; el de las golondrinas, nociones de un anarquismo ordenado y ritualista, como una danza libre, y el de las ratas y las gallinas, comparaciones con la conducta de aprendizaje y con el sistema de 'picar' entre los hombres" ⁽⁴¹⁾.

La causa formal de la política sólo es relevante desde el momento en que el poder cobra capacidad organizativa autónoma, generando una agencia o superestructura habilitada para imponer legítimamente la violencia física.

Para esta teoría la política ha dejado de ser el saber arquitectural de la convivencia, pues ha perdido toda excelencia y dignidad. Ya no es más el sabio arte componedor de la comunidad que armoniza las actividades humanas en orden a la convivencia virtuosa en común; es una actividad repugnante en la que el hombre despliega toda su malicia e inmensa miseria y exuda su repelente hedor. La noción vulgar de la política (como cosa sucia) acaba por identificarse con la idea que de ella ha forjado la ciencia. Y dentro del rango de éstas, la política ha pasado del primer al último peldaño de la escalera descendente; tanto se la ha relegado que puede caracterizarse como la "cenicienta" de las ciencias del espíritu ⁽⁴²⁾.

Nada de ético ha quedado en la política; virtud y bien están ahora muy lejos de constituir fines políticamente deseables. Es que, ¿cómo pretender un convivir bueno y recto, una existencia comunitaria virtuosa y conveniente si no vemos en nuestros conductores y políticos más que insaciables ansias de poder? Sin políticos virtuosos es añudo requerir un virtuoso pueblo. Hemos desdeñado el mensaje que Sócrates diera a Alcibíades, un político ateniense que por exitista y egoísta puede equipararse a los actuales. "No es, por tanto, el poder absoluto, querido Alcibíades —dice Sócrates— lo que has de procurar, tanto para ti como para la ciudad, si deseáis ser felices, sino la virtud" ⁽⁴³⁾.

Para la moderna ciencia política, en cambio, todo se define en términos de poder; nada interesan las virtudes políticas ni la bondad del régimen. Como ha dicho Catlin, carece de sentido preocuparse y discutir cuál sea la sociedad

40 Así: DUVERGER, Maurice, ob. cit., ps. 520-521.

41 CATLIN, George E. G., **La teoría de la política**, trad. de A. Muñoz, (Madrid, IDEP, 1962), p. 30.

42 IRAZUSTA, Julio, **La política, cenicienta del espíritu** (Buenos Aires, Dictio, 1977), **passim**. El autor ha demostrado magníficamente la decadencia del concepto de la política como actividad y como saber.

43 PLATÓN, Alc....cit., 135b.

buena o mejor. "Nuestro problema práctico en la actualidad —sostiene— no es si una sociedad libre es o no absolutamente preferible para nuestro bienestar, sino, más bien, si una sociedad dictatorial tiene o no más aptitud para el poder, incluso por la propaganda, y cómo puede salirse al paso de esta ventaja técnica también por medios técnicos" ⁽⁴⁴⁾.

La ciencia política moderna es absolutamente *neutra*, o, por lo menos, pretende hacer gala de una neutralidad vocacional. El científico político, se dice, ha de ser neutral frente al objeto que conoce de la misma manera que permanece neutral en sus operaciones cualquier científico naturalista. Ese es el camino que permitirá acceder al estudio del poder, pues el examinador de las cosas públicas no puede sino seguir fiel al paradigma metodológico de las ciencias positivas, y "escrutar la realidad, neutral y pacientemente como el ensimismado botánico clasifica friamente y aparta con la mano luego una especie floral descubierta y la encaja en el catálogo universal empíricamente fijado, no sin haberle temblado antes el corazón" ⁽⁴⁵⁾.

Tal actitud, aséptica y descarnada, es la que se presenta como modelo del científico; podrá palparle el corazón cuando empíricamente compruebe violaciones de derechos, derrumbes de civilizaciones o guerras mundiales, pero no dejará que sus subjetividades enturbien un juicio estrictamente científico: ha de mantenerse ajeno e indiferente si quiere hacer ciencia. Aunque parezca absurdo, el científico debe abandonar lo que de humano tiene su ser y transformarse en un *carnicero* de la realidad. El método así lo exige.

C — Positivismo y metodología

La moderna ciencia política supedita la posibilidad de un conocimiento cierto de la realidad política al empleo del método científico. Resulta sugestivo comprobar que las diversas corrientes filosóficas surgidas en la modernidad contribuyeron a la conformación del saber positivista. Por una parte, el racionalismo del filósofo de Turena, Renato Descartes, propuso un nuevo modo de reflexión filosófica, pasando a ser el tema central de ella el sujeto pensante antes que la realidad misma, pues las cosas del mundo se deducen (según esta versión racionalista) de la razón humana. Es la razón la que proporcionará el camino para aprehender el objeto. La conclusión es la inversión de los términos tradicionales: no es ya el objeto el que condiciona los métodos de la ciencia, sino la razón, que descubre el método y luego lo aplica a la realidad.

44 CATLIN, George E. G., ob. cit., ps. 85-86.

45 VILLAGRA, Luis G. **El conocimiento de la realidad política** (Buenos Aires, Depalma, 1967), ps. 11-12. Como intentamos demostrar en el texto, la objetividad o neutralidad es uno de los condicionamientos metodológicos que impone la utilización de los modelos científico-naturales.

Por otro lado, el empirismo inglés coadyuvó fundamentalmente en la génesis del positivismo científico. "La meta verdadera y legítima de las ciencias —decía Francis Bacon en su *Novum Organon*— no es otra cosa que dotar a la vida humana con nuevas invenciones y recursos". Por ello la ciencia se convierte en la clave que permite edificar e interpretar la realidad, pues, como decía el mismo filósofo en otra de sus obras (*The great instauration*) "el poder del hombre reside únicamente en la ciencia: en efecto, tanto puede cuanto sabe" ⁽⁴⁶⁾.

Esta visión científica concluye en identificar ciencia y poder, haciendo real la aseveración baconiana: human knowledge and human power do really meet in one; de forma tal que el poder se presenta como fin y como *medida* del conocimiento ⁽⁴⁷⁾. Lo identificante del positivismo científico es su pretensión de saber no el por qué de las cosas sino, simplemente, el cómo de las mismas ⁽⁴⁸⁾. La causa final, en cuanto objeto de reflexión, es reemplazada por la causa eficiente sin advertirse que es en virtud de la proposición primaria de una finalidad que los seres advienen a la existencia. El fin, si bien es lo último en la ejecución, es lo primero en la intención, como reza el viejo axioma escolástico; es por ello que el fin es la causa de las causas.

Al sustituirse el estudio de la causa final de la realidad por la mera producción o efectividad, el problema de la verdad del conocimiento queda relegado a terrenos no estrictamente científicos. Bien dice Strasser que las hipótesis científicas, al influjo del positivismo, "dejaron de importar en punto a si eran en sí mismas *verdaderas* (o claras y distintas, en su defecto) para importar, en vez, en cuanto podían ser *comprobadas*. En consecuencia de ello —añade— las hipótesis pasaron a versar con exclusividad sobre las causas eficientes o condiciones de producción, y éstas se demostraban tales si se confirmaban por vía experimental" ⁽⁴⁹⁾.

Al propio tiempo, si se niega la importancia de la verdad (y de los fines), se acabará por construir un aparato gnoseológico y científico puramente formal, avalorativo y no crítico. En no otra cosa concluye el positivismo. Recurriendo a la terminología socrática en la explicación de la decadencia que importa esta ciencia positiva, ha dicho Eric Voegelin que "cuando se destruye la 'episteme', los hombres no dejan de hablar de política, pero tienen entonces que expresarse por medio de 'doxa'" ⁽⁵⁰⁾. Lo que quiere decir que las corrientes positivistas en ciencia no son más que *doxa*, opiniones que pretenden elevarse a la categoría superior de teorías a través de la negación del juicio filosófico, normativo o valorativo. De esta moderna ciencia política,

46 Citado en RABADE ROMEO, Sergio, **Método y pensamiento en la modernidad** (Madrid, Narcea, 1981), ps. 45-46.

47 Ver: STRASSER, Carlos, ob. cit., ps. 27-41.

48 STRAUSS, Leo, ob. cit., p. 22.

49 STRASSER, Carlos, ob. cit., p. 115.

50 VOEGELIN, Ertic, **Nueva ciencia . . . cit., p. 25.**

según las expresiones de Rommen, "no se obtienen normas para la acción o criterios de juicios de valor, sino simplemente cifras globales de multitud de hechos individuales que se clasifican lo mismo que las plantas en el sistema de Linneo" ⁽⁵¹⁾.

En realidad de verdad, desde la perspectiva del positivismo científico, el *acriticismo* en política se justifica por la aplicación a este campo (como a las demás ciencias sociales) de métodos extraños al mismo; es decir, más exactamente, "por el intento de conceder carácter de científicidad solo a los métodos experimentales científico-naturales o eventualmente a los métodos analítico-descriptivos, y de evaluar como especulaciones no científicas todos los otros modos de conocer, distintos de aquellos" ⁽⁵²⁾.

El positivismo traspone al campo de las ciencias éticas y prácticas los métodos singulares de las ciencias naturales o físico-matemáticas, dejando de advertir tanto lo inconducente de tal trasfencia metodológica, cuanto lo impropio de supeditar la científicidad del conocimiento a la utilización de aquella tipología metodológica predeterminada. No se ha reflexionado sobre la diversa naturaleza de los objetos humanos, de los objetos naturales y de los objetos matemáticos; se actúa, en ciencia, según la actitud mental del idealismo cartesiano. La ciencia se define o adquiere cuando se ve con claridad y evidencia o cuando se deduce con certeza, sin reparar en el objeto mas sí en el método ⁽⁵³⁾. Al no observarse la diversa constitución de los objetos reales, lo mismo que al pretender universalizar una específica metodología, se está reduciendo la realidad a términos inaceptables. Esta situación ya la había prevenido Harold Laski en su conferencia inaugural en la Escuela Londinense de Ciencias Políticas y Económicas, varios años ha. "La ciencia política —dijo en la oportunidad— no tiene la cualidad axiomática de las matemáticas en sus ecuaciones, las variables son seres humanos cuyo carácter de únicos impide su reducción a la ley en sentido científico de la palabra (. . .) Podemos influir, tantear y esperar; la certeza y la precisión del químico, aún del fisiólogo, nunca podrán ser nuestras" ⁽⁵⁴⁾.

Debemos, entonces, hacer incapié en la particularidad propia de las ciencias prácticas y éticas: su objeto material no es un ser determinado por las, regularidades de la ley causal, ni es un ente ideal y abstracto, puramente formal; la materia con que trabajan estas ciencias no es ni el ser natural ni el ser matemático, ni la naturaleza ni los números, sino el hombre. El hombre y su comportamiento; la condición humana espiritual y su conducta voluntaria

51 ROMEN, Heinrich A., ob. cit., p. 60.

52 ORBENDORFER, Dieter, ob. cit., p. 13, n. 6.

53 Cf. las reglas III y IV de Renato Descartes en sus **Reglas para la dirección de la mente**, 4a. ed., trad. de F. de P. Samaranch, (Madrid, Aguilar, 1981).

54 El discurso, titulado "Sobre el estudio de la política", se reproduce en LASKI, Harold, **El peligro de ser gentleman y otros ensayos**, trad. de E. Ingter, 2a. ed., (Buenos Aires, Paidós, 1961), ps. 64-65.

y libre, es en lo que consiste el objeto de estas ciencias. *Somos nosotros mismos la sede de los fenómenos sociales y políticos.*

Mas, como hemos señalado ya, el positivismo tiene su cimiento epistemológico en el pretendido carácter científico de ciertos métodos, de forma tal que la científicidad se convierte, más que en atributo del conocimiento que se obtenga, en *propiedad del método*. Probada la eficacia de los métodos naturales y de los matemáticos, se estima que la ciencia es un producto que está en dependencia del empleo de los mismos. En el método está la ciencia: si queremos obtener un saber científico sobre el obrar humano, debemos recurrir inevitablemente al empleo de tales técnicas metodológicas⁽⁵⁵⁾.

Esta exigencia no puede admitirse como absoluta. En este sentido, nos parece acertada la crítica de Voegelin. "Si la validez de un método —escribeno se mide por su utilidad para el fin científico, sino que, por el contrario, el uso del método se toma como criterio de la ciencia, entonces, se pierde el significado de ésta como exposición verídica de la estructura de la realidad, como orientación teórica del hombre en su mundo y como gran instrumento que el hombre tiene para comprender su propia posición en el universo"⁽⁵⁶⁾. En el fondo de toda la cosmovisión positivista anida el primigenio instinto antifilosófico, la pretensión de desplazar la filosofía del terreno científico.

D — Antifilosofismo

Advertía hace tiempo Herman Heller sobre el carácter no filosófico que debía imprimirse al conocimiento político, pues en tanto la naturaleza de la ciencia radica en ser un saber inmanentista no puede admitir "principios políticos de general obligatoriedad, a menos que se trate de principios de naturaleza puramente técnica"⁽⁵⁷⁾. Si bien se deja la puerta abierta al problema filosófico estricto (aunque se niegue su ingerencia científica por ser metapolítico), las actuales tendencias tienden a negar la posibilidad misma del conocimiento universal. Desde esta perspectiva afilosófica, se escriben todas las ramas del moderno árbol del saber, incluso la política. Así, Cari Friedrich, conocido politicólogo, define y refirma esta postura aséptica que acaba en la repulsa incondicionada de la filosofía, diciendo en una de sus últimas obras: "Todo lo que el hombre experimenta como existente lo experimenta como cambiante. 'Inmutable', 'permanente' y 'absoluto' son términos que no

55 Extremando la posición, la historia y la filosofía de la ciencia pueden reducirse al examen de los diversos métodos conocidos, p.e., ver GEYMONAT, Ludovico, **El pensamiento científico**, trad. de J. Babini, 8a. ed., (Buenos Aires, EUDEBA, 1980), **passim**.

56 VOEGELIN, Eric, **Nueva ciencia . . . cit.**, p. 15.

57 HELLER, Herman, **Concepto, desarrollo y función de la ciencia política**, trad. de N. P. Serrano, (Buenos Aires, Ed. Nuevas, 1971), p. 30.

corresponden a ninguna experiencia humana. No son más que negaciones lógicas de las actuales experiencias de cambio y de tránsito" (58).

Sin adentrarnos gravemente en los problemas que apareja esta discusión ancestral, parecemos útil advertir que el trasfondo de toda la moderna ciencia no se explica sino desde una definición filosófica. Es decir, hay una verdadera filosofía —errada, por cierto— que genera un sistema científico al que repugna cualquier filosofía que no sea aquella que lo generó. Esta base filosófica podría decirse que no es otra que la del *mito de Protágoras* identificante de sensación y ciencia, que Platón expuso y refutó largamente, diciendo a los personeros de esta actitud que su padre Protágoras era sólo un *sofista*, pues "habla tan sólo para la multitud" (59). Hoy podríamos decir que afirmaciones como la de Friedrich, más que verdades científicas, son argumentaciones ideológicas, en el sentido de que por pereza intelectual o repetición dogmática desconocen el sentido del saber filosófico y se niegan a entender la realidad por temor a descubrir, ahora sí, una verdad universal. Es más fácil negar (por desconocimiento antes que por convicción) la existencia de universales que admitirlos y amoldar nuestro conocimiento y comportamiento a sus directivas.

Esta postura antifilosófica, explicable por el empirismo extremo o el escepticismo de cada autor, es también una exigencia, una onerosa carga de la metodología natural extrapolada a la ciencia política (60). En el afán objetivista, en la pureza científica anhelada-, la moderna ciencia rechaza el mundo de los valores o lo relativiza; de ahí lo inaceptable de toda consideración filosófica en política.

Sumamente expresivas son estas palabras de John Plammenatz: "Los fenómenos sociales —decía— han de estudiarse como cualquier otra parte del mundo natural. Se trata de un sector manchado todavía de filosofía" (61). Se pueden indicar en esta frase tres juicios interconectados que se refieren al tema que analizamos: en primer lugar, la identificación de los objetos de reflexión de las ciencias naturales y la ciencia política; seguidamente, la igualación de ambos tipos de ciencia, o más exactamente la *asimilación* de la ciencia política a las naturales por cuanto aquella debe proceder en sus estudios de la misma manera que éstas; y, finalmente, el rechazo del saber filosófico en ambos terrenos, como algo que en vez de aclarar, oscurece el objeto y lo "mancha".

58 FRIEDRICH, C. J., **El hombre y el gobierno**, trad. por J. A. González C, (Madrid, Tecnos, 1968), p. 72.

59 PLATÓN, **Teet.** cit., 161e; la crítica va desde 152a en adelante.

60 Ver las diversas actitudes de NAGEL, Ernest, **Razón soberana**, trad. por J. L. A. G., (Madrid, Tecnos, 1966), caps. I y II; y TIerno GALVAN, Enrique, **Conocimiento y ciencias sociales** (Madrid, Tecnos, 1966), ps. 29-48.

61 Citado en CATLIN, George E. G., **ob. cit.**, p. 47.

La filosofía, pues, ni siquiera será un útil complemento de la ciencia; al contrario, ambos saberes se contraponen. La ciencia es un discurso comprobable empíricamente por medio de la observación y la experimentación, en tanto que la filosofía es un saber normativo cuyas declaraciones escapan a la compulsión empírica. Por lo tanto, aquella se ocupa de lo que es, y ésta, de lo que *debe ser*. Esta contraposición, no por vulgar es menos falsa; es el presupuesto inseparable a todas las modernas escuelas de ciencia política, que conciben como imposible la explicación filosófica política a menos que se trate de la filosofía de Protágoras. Así lo ha reconocido David Apter: "No podemos retornar a la 'filosofía general'. Tal vez sea necesario, sí, volverá la filosofía empírica". . . ⁽⁶²⁾.

Pretendiendo alcanzar la pureza en el saber, de forma tal que la ciencia aparezca como inmaculada y autónoma, explicable sólo en y por sí misma, los modernos científicos rechazan toda ingerencia de la filosofía, entendida como saber apriorístico y cargado de subjetividades. No aceptan el dominio eminente del saber universal sobre el particular. La filosofía es concebida como un tipo de saber no comprobable, predominantemente deductivo y que carece de base empírica; por lo tanto, es no-científica y debe ocupar un lugar relegado en el orden del conocimiento humano, más próximo a la mitología que a la verdad ⁽⁶³⁾. La ciencia natural (y las tautológicas, por cierto) adquiere el don de *paradigma*, de saber modélico, al que deben imitar todos los demás que aspiren a lograr esa categoría, adaptando sus supuestos epistemológicos y metodológicos al del esquema científico ejemplar.

Tal vez, lo que debe replantearse es el concepto mismo de ciencia como saber autónomo. Creemos que tal autonomía no debe extremarse; la realidad es total y completa, no se forma de compartimientos estancos y desconectados. Esto nos sugiere, al menos, dos advertencias:

a) que una ciencia separada de la filosofía no es ciencia como tal. Como lo han probado Desiderio Papp y otros científicos, toda hipótesis científica supone premisas previas de índole filosófica, pues en toda consideración de causas próximas y particulares está insito el problema de las causas primeras y universales, explicativas del universo ⁽⁶⁴⁾;

b) que si hay ciencia cuando se conoce, y se conoce cuando se "sabe", el saber de lo particular reclama el de lo universal, requiere, como dice Platón,

62 APTER, David, **Estudio de la modernización**, trad. de M. Silva, (Buenos Aires, Amorrortu, 1970), p. 19.

63 Ver: STRASSER, Carlos, **ob. cit.**, ps. 81-86; y el cuadro comparativo de MELO, Artemio Luis, **Compendio de ciencia política**, t.1, (Buenos Aires, Depalma, 1979), p. 10.

64 Sobre el problema: SANGUINETTI, Juan José, **ob. cit.**, ps. 153-159; MARITAIN, Jacques, **Distinguir para unir o los grados del saber**, t. 1, trad. de A. Frossard, (Buenos Aires, Desclée de Brower, 1947), ps. 49-118; y DEMPFF, Alois, **La unidad de la ciencia** (Madrid, Rialp, 1958), ps. 283 ss.

un alma abierta a la totalidad y universalidad de lo humano y lo divino ⁽⁶⁵⁾. Por lo que, nuevamente, el verdadero científico no puede cerrar la puerta a la filosofía.

En política, consecuentemente, debe estar presente la visión filosófica que indague y analice en forma creciente el ser y el orden de la *polis*. La actitud ha de ser socrática: "adondequiera que la argumentación nos arrastre —decíale el maestro a Adimanto— como el viento, allí habremos de ir" ⁽⁶⁶⁾.

Entre las muchas cosas que nos separan de aquella sabiduría, está la actitud gnóstica, consistente en lo que Voegelin llamó *prohibición-de-preguntar*, es decir, en un cerrarse especulativa y deliberadamente al análisis y la crítica de las hipótesis y las premisas de la ciencia actual ⁽⁶⁷⁾. De ahí que el moderno saber político se caracterice por su negativa a la filosofía.

E — Teoricismo

La generalidad de los autores de ciencia política aceptan, presentemente, que ésta es principalmente teórica o desinteresada. Para comprender mejor esta cuestión, conviene que nos detengamos brevemente en el concepto de *teoría* ⁽⁶⁸⁾. En la filosofía tradicional, se teorizaba a partir y sobre un orden dado; es decir, era la realidad exterior al sujeto teorizante lo que lo llevaba a teorizar, eran las cosas y la necesidad de explicarlas lo que provocaba la teoría. Por ello debe entenderse la teoría como una explicación de la realidad, siendo esta misma realidad —y no el sujeto racionante— la que sugería o establecía el método más apropiado para su conocimiento. Magistralmente, este concepto de teoría ha sido recogido y sintetizado por Voegelin ⁽⁶⁹⁾.

Para la moderna epistemología, en cambio, la teoría es función del sujeto que teoriza: primero está la hipótesis mental que se plantea el sujeto teorizante y luego su verificación en la confrontación con la realidad. Sin embargo, la teoría propiamente dicha está en el paso inicial, en su elaboración racional, por lo que, en general, bastará la formulación de la hipótesis y la posibilidad (mayor o menor) de su experimentación para otorgar a este tipo de saber el nombre de teoría. No por otro motivo se afirma, modernamente, la precedencia del método respecto del objeto y del conocimiento mismo, y la configuración del éstos por aquél.

65 PLATÓN, *Rep....*cit. 486a.

66 PLATÓN, *Rep....*cit., 394d.

67 VOEGELIN, *Ciencia, política y gnosticismo cit.*, p. 32. Los filósofos que analiza más adelante son Marx, Nietzsche, Hegel y Heidegger (ps. 33-36).

68 Actualmente, los conceptos de teórico y práctico no tienen el sentido preciso que le dieron el saber antiguo, especialmente el escolástico. Hoy suele hablarse de un conocimiento puro, desinteresado o teórico, por oposición al interesado, aplicado o práctico. Ver: LOPEZ, Mario Justo, *Introducción a los estudios políticos*, v. I, (Buenos Aires, Kapelus, 1969), ps. 104-110 y 135-142.

69 VOEGELIN, Eric, *Nueva ciencia*. . . cit., ps. 47-53.

Teoría, como queda dicho, es en la actualidad el sistema hipotético elaborado racionalmente por el sujeto partiendo de su propia razón desentendida de la realidad. El proceso de comprobación ulterior, que puede o no ser posible, que puede o no confirmar el sistema hipotético, es un segundo momento no teórico que nada incide en la formulación de la teoría. Como muchos autores han explicado, la preeminencia que se acuerda a la elaboración de hipótesis científicas tiene su justificación final en la construcción de *modelos* o *sistemas* de la realidad, cuyo valor se juzga por su sola existencia racional, en absoluta independencia de su acomodación o no a la realidad modelada o sistematizada. "Todas las ciencias —expresa Catlin— se desarrollan por abstracciones deliberadas, por métodos cuya prueba radica en si son efectivamente útiles para obtener nuevos controles y nuevos modelos, aunque sea de un modo esquemático. En suma, como ha señalado Henri Poincaré, por el uso calculado de hipótesis" ⁽⁷⁰⁾.

El concepto de teoría nada tiene hoy de *Veritas speculum*. El sistema o modelo teórico se justifica y legitima por el sólo hecho de su construcción, es decir, por la formulación de hipótesis o premisas capaces de desarrollar variables y elementos que estructuren modélica o sistémicamente la legalidad, sin que sea necesaria la comprobación de su veracidad o falsedad ⁽⁷¹⁾. El concepto mismo de "sistema" indica esa independencia absoluta de la teoría con la realidad: "los sistemas —escribe James G. Miller— son regiones cerradas en el espacio tiempo, comprendiendo intercambio de energía entre sus partes, que se asocian en relaciones funcionales, lo mismo con el 'medio'." ⁽⁷²⁾

Teorizar es, en su alcance moderno, la resultante necesaria a la metodología científica preconizada.

¿Donde concluye todo este planteo metodologista del saber? ¿Cuál es la consecuencia ulterior que acarrea la inflación de la cuestión metodológica? Esta consecuencia es un saber puramente abstractivo y teórico, desinteresado de los problemas concretos. Agudamente observa Pollock que el acento puesto en la metodología "arrastra a sus adeptos lejos del mundo práctico, hacia un reino de abstracciones que se bastan a sí mismas" ⁽⁷³⁾. La ciencia política moderna se presenta como un saber abstracto al que sólo interesa en exclusividad la verificación empírica de hipótesis previamente establecidas por el investigador; no se pretende influir de manera alguna sobre el objeto de

70 CATLIN, George E. G., ob. cit., p. 85. Para una crítica ver: RANDLE, Patricio H., **Crítica al pensamiento técnico y su trasposición a la política** (en Boletín de Ciencias Políticas y Sociales, Mendoza, U.N.C., núm. 27, 1981, ps. 58 ss.).

71 Eric VOEGELIN remonta la intención de sistematizar el ser a HEGEL. Ver su: **Ciencia, política y gnosticismo cit.**, ps. 58 ss.

72 Citado en VAN DYKE, Vernon, **Ciencia política: un análisis filosófico**, trad. de F. Moran, (Madrid, Tecnos, 1962), p. 179.

73 POLLOCK, James K., **La ciencia política en la era nuclear** (en Boletín de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Córdoba, año XXII, núms. 1-4, Enero-Diciembre 1959, p. 31).

conocimiento. A lo sumo, se busca aumentar el saber. "Necesitamos —dice Apter— comparar, tratar cada sistema como un experimento, y, además, retornar a la manera en que la gente siente, piensa y actúa a fin de aumentar nuestro conocimiento directo con las circunstancias inmediatas de su vida"⁽⁷⁴⁾.

Estas palabras nos permiten comparar algunos rasgos de la ciencia moderna con el antiguo saber de la política. Frente al realismo filosófico de ésta, se alza el *empirismo teórico*⁽⁷⁵⁾ de aquella, fundamentalmente metodológico, que define al discurso científico como esencialmente experimental. Adviértase cómo, en esta visión, aflora nuevamente la imagen sofista que asimila sensación y ciencia sin pretensión de verdad. Así, James Conant ha podido decir de la ciencia que es "una serie de conceptos y esquemas conceptuales interconectados que surgen de la experimentación y de la observación y que es fértil en posteriores experimentos y observaciones"⁽⁷⁶⁾.

Esta ciencia empírico-teórica toma al hombre y la vida humana social como meros datos experienciables y como propicio campo para la experimentación de hipótesis de investigación de cualquier naturaleza. Así como el geólogo analiza y desmenuza un mineral, así el científico político debe estudiar al hombre en sociedad. Si el mineral debe ser aplicado a un número indefinido de experimentos con el propósito de comprobar su composición, antigüedad, consistencia, etc.; igualmente la sociedad, en nombre de la ciencia, debe someterse a experimentaciones de índole variada. Nos parece lógico suponer, dentro de esta temática, que las revoluciones latinoamericanas, las guerras, las crisis sociales y económicas de los países subdesarrollados, etc., sean el fruto de experimentos ordenados y financiados por los centros científicos de alguna de las grandes potencias mundiales. Es que si la ciencia social reclama la experimentación, el hombre y las sociedades por él formadas son los campos aptos a tal fin.

Sin embargo, como advirtiéramos, el propósito del científico al observar y experimentar no es práctico (o interesado) sino teórico (o puro); su

74 APTER, David, ob. cit., p. 11.

75 Puede aparecer como contradictoria la doble afirmación de las raíces racionalistas y empíricas de la ciencia moderna; sin embargo, este sincretismo de corrientes filosóficas opuestas es un hecho real, como que el racionalismo de los siglos XVIII y XIX se alimentó de las ideas cartesianas tanto como del empirismo baconiano, produciendo un racionalismo acomodado a la observación. Así, p.e., la filosofía empírica de Hume traduce el proceso por el que, a través del análisis racional, se accede a la experiencia. El sistema de Hume tiende a sustituir, siguiendo el camino de Locke, la filosofía por la psicología de las impresiones y de las ideas. Ver: SORLEY, W.R., **Historia de la filosofía inglesa**, trad. de T. Efrón y J. Gómez Paz, (Buenos Aires, Losada, 1951), ps. 186-206. La obra gnoseológica fundamental de David HUME es **Tratado de la naturaleza humana. Acerca del entendimiento**, trad. de M. Costa, (Buenos Aires, Paidós, 1974).

76 Citado por VAN DYKE, Vernon, ob. cit. p. 124.

objetivo no es resolver problemas humanos, pues no siquiera se los ha planteado⁽⁷⁷⁾. Su fin único está en aumentar el conocimiento, no del común de la gente, sino de la comunidad científica, de forma tal que nuevos científicos —por medio de una cadena posterior de observaciones y experimentos— puedan continuar con los primitivos propósitos. Como lo ha dicho Burnham, "La lógica de la investigación científica no está regida por los designios prácticos, sino sólo por los propios de la ciencia, por el esfuerzo por descubrir correlaciones entre los hechos"⁽⁷⁸⁾.

Asiste razón a Strasser cuando afirma que la moderna ciencia utiliza la inteligencia en tanto "técnica" (es decir, mecanismo racional) mas no en cuanto "práctica"⁽⁷⁹⁾. Cuán lejos se está de la política como saber práctico, preocupada por mejorar la vida comunitaria, mediante la prescripción de conductas y comportamientos valiosos. "En la consideración crítica y en el pensar previo al obrar político —dice Oberndörfer—, el trabajo científico debe servir al bien de la comunidad política y de sus hombres, sin duda no en el sentido de la subordinación bajo un mandante, sino con libertad de pensamiento, como instancia crítica independiente"⁽⁸⁰⁾.

F — Objetividad

Si alguna nota predomina en la moderna ciencia es su pretendida objetividad, objetividad que, en el sentido que está concebida, aparece como sinónimo de *pureza o inmaculación valorativa*. La objetividad científica tiene su correlato en la neutralidad axiológica.

La búsqueda de la objetividad en ciencias sociales es el resultado de la aplicación a las mismas de los métodos naturales y los físico-matemáticos. Especialmente estos últimos, en virtud de su éxito en otros terrenos de la realidad, se han querido adoptar en política analítica; a través de la aplicación de métodos de *verificación cuantitativa*, los modernos científicos "aspiran alcanzar —dice Morgenthau—, llegado el momento, la misma precisión en el descubrimiento de similitudes y en el enunciado de previsiones, como aquella a la cual las ciencias físicas deben su éxito técnico y práctico"⁽⁸¹⁾.

En algunos casos se ha manifestado con absoluta claridad la imagen modélica y paradigmática de las ciencias naturales. W. J. M. Mackenzie sostiene que "el ejemplo de las ciencias naturales debe incitar a usar con todo rigor la teoría general, las teorías particulares, las medidas y la experimenta-

77 Así en STRASSER, Carlos, ob. cit. ps. 29-30, con su crítica.

78 BURNHAM, James, **Los maquiavelistas**, trad. de Reyles, (Buenos Aires, EMECE, 1945), p. 47.

79 STRASSER, Carlos, ob. cit., p. 138.

80 OBERNDÖRFER, Dieter, Ob. cit., ps. 20-21.

81 Citado en POLLOCK, James K., ob. cit., p. 30.

ción" ⁽⁸²⁾. Pero para que ello sea posible debemos renunciar al contenido propiamente humano de la actividad política y concebir a la ciencia que la estudia como ". . . una ciencia natural que aplica el método científico al estudio de los fenómenos sociales". . . ⁽⁸³⁾.

Al asimilar lo humano a lo físico surge el problema de la cuantificación. La moderna ciencia política ha querido aplicara su campo de investigación la máxima de Galileo: "mide todo lo medible, y lo que no lo sea, hazlo también mensurable"; de ahí la utilización de procedimientos cuantificadores en forma indiscriminada con el fin de expresar en términos matemáticos las diversas variables que configuran la estructura social. Sin embargo, los resultados obtenidos no son nada positivos. La cuantificación ha permitido acumular un sinnúmero de desordenadas variables pletóricas de hechos irrelevantes, malamente interpretados ⁽⁸⁴⁾.

Sucede que no toda la realidad política es reductible a los procedimientos cuantitativos, ni acumulable en variables matemáticas, ni simbolizable en gráficos estadísticos. Si pudiéramos acumular y medir el comportamiento humano integralmente, entre los signos perderíamos todo lo que de humano tiene ese comportamiento. Al acumular y medir las conductas olvidaríamos lo realmente propio de ellas: sus motivaciones y sus significaciones ulteriores. Y aunque estas variables (motivación y significado) pudieran preverse y medirse, el resultado final —el comportamiento futuro— sería impredecible. La ciencia humana no es la ciencia natural; la relación causal natural no tiene vigencia absoluta en aquella. Los métodos acumulativos y cuantificadores estudian generalmente lo accidental haciéndonos perder lo esencial; la sola dedicación a lo contingente hace inaccesibles los elementos permanentes de la conducta humana. Y viceversa: de lo cambiante no deviene lo inmutable, como lo permanente no se explica por lo variable. Y si bien lo eterno y necesario se da en lo contingente y accidental, no por ello han de confundirse.

Retomando el tema de la objetividad científica, habíamos advertido la conexión que guarda con el aspecto metodológico del saber. La objetividad resulta del empleo del llamado "método científico", tomado de las ciencias que tienen por objeto lo dado y aplicado inconsecuentemente a aquellas que estudian lo encomendado. Según se ha dicho, *el método da a la ciencia su cientificidad y su objetividad*, por lo que la ciencia podría tomarse como "la producción de conocimiento objetivo" y como "el conjunto de conocimientos objetivos producidos" ⁽⁸⁵⁾.

82 MACKENZIE, W.J.M., **La ciencia política** en VV.AA., **Tendencias de la investigación en ciencias sociales**, trad. de P. Castrillo, (Madrid, Alianza-Unesco, 1973), p. 475.

83 MACKENZIE, W.J.M., ob. cit., p. 505.

84 STRASSER, Carlos, ob. cit., ps. 122 ss; VOEGELIN, Eric, **Nueva ciencia**. . . cit., ps. 19 ss.

85 Ver: STRASSER, Carlos, ob. cit., ps. 49-50.

La objetividad es fruto de la metodología. El método científico, maravilloso mecanismo productor de ciencia doquiera se lo aplique, ha sido descrito por Arnold Brecht en su monumental *Teoría política*, obra que constituye, a nuestro ver, el aporte sistemático de mayor significación de la moderna epistemología científica aplicada a la política. Los pasos, actos u operaciones que componen el proceder científico metódico, están tomados de la ciencia natural y aplicados a todo saber⁽⁸⁶⁾. Sintéticamente Brecht lo ha reducido a los once siguientes:

- 1) *observación* de la realidad;
- 2) *descripción* de lo observado;
- 3) *medición* de lo observado;
- 4) *aceptación o recusación provisoria* de los resultados;
- 5) *generalización provisional (inducción)*;
- 6) *formulación de una hipótesis teórica* como intento de explicación;
- 7) *explicitación de los implícitos de la generalización (deducción)*;
- 8) *comprobación* de la hipótesis a través de ulteriores observaciones;
- 9) *correcciones* de la hipótesis, resultante del paso anterior;
- 10) *previsión* de acontecimientos o estados que deben esperarse; y
- 11) *recusación* de las hipótesis que resultan no confirmadas por la observación, especialmente de todas las proposiciones "a priori"⁽⁸⁷⁾.

El seguimiento estricto de estos actos u operaciones produce ciencia, es decir, conocimiento objetivo, pues hemos aprehendido al objeto (la conducta humana) en su *manifestación existencia!*. El término existencia, como aclaran los mismos científicos (haciendo las veces de filósofos) se toma, en estos casos, en sentido óntico, como "devenir"⁽⁸⁸⁾, acontecer o apariencia exterior, pues nada importan el sustento y la base metafísica de la conducta, que se identifican con el deber ser. De esta forma, nos parece manifiesto que el sólo análisis científico mutila la realidad, negando explicar la unidad del ser, que magníficamente describe Ortega y Gasset diciendo que "toda realidad nos enseña a la par lo que es y lo que debe ser: su norma y su enormidad"^(88 bis).

Hemos alcanzado, de esta manera, una primera noción de la objetividad, como apresamiento del objeto en estudio en su existencia mas no en su esencia; como estudio del objeto en su ser entendido como devenir y no como naturaleza o esencia. Pero sólo intentar analizar "la cascara" de la conducta humana política puede producir resultados contradictorios, es decir, diversas

86 BRECHT, Arnold, **Teoría política**, trad. de J. M. Mauri, (Barcelona-Buenos Aires, Ariel-Depalma, 1963).

87 BRECHT, Arnold, **ob. cit.**, ps. 28-30.

88 MELÓ, Artemio Luís, **ob. cit.**, t. 1, ps. 2-3.

88bis ORTEGA Y GASSET, José, **Meditación del pueblo joven** (Madrid, Revista de Occidente, 1958), p. 131.

y admisibles conclusiones sobre una misma conducta. ¿Puede entonces predicarse la objetividad cuando los productos científicos de diversos investigadores de un mismo objeto, de una misma conducta, son divergentes? Surge aquí un nuevo concepto que se constituye en la quintaesencia de la objetividad, centrada en la noción de "comunidad científica". Dice Van Dyke que la objetividad del resultado de la observación debe poder ser evaluada por otros científicos políticos, pues, aunque el procedimiento utilizado pueda ser científico, el resultado o la definición final pueden estar equivocados ⁽⁸⁹⁾. Como se aprecia, la objetividad llega a diluirse, ulteriormente, en el juicio comunitario de los técnicos en metodología científica. De esto se coligen dos importantes consecuencias:

a) la objetividad dependerá, en el fondo, de la subjetividad de los científicos, como dice Strasser, "de los iniciados en el orden académico o investigativo" ⁽⁹⁰⁾. La objetividad científica puede, entonces, resumirse en el concepto de *control intersubjetivo* de las hipótesis científicas por los científicos mismos ⁽⁹¹⁾;

b) la *transmisibilidad* de las hipótesis y resultados es condición necesaria de la ciencia, pero, a su vez, esta comunicación científica está condicionada por el conocimiento y manejo del instrumental simbólico de la ciencia ⁽⁹²⁾, con lo que la ciencia puede asemejarse a una especie de saber esotérico sólo controlable por los integrantes de la logia o secta científica.

Sin negar la objetividad, creemos que en la investigación concreta se la debe supeditar a la posibilidad misma de "objetivar" la realidad humana. Esta posibilidad supone poner límites al intento científico-objetivo, pues no debemos olvidar que en política, como en toda ciencia práctica o del obrar humano, el objeto en estudio es el hombre mismo, el hombre en comunidad, y el científico político está comprometido con la respuesta política que obtenga o sugiera. Este compromiso resulta, según las justas expresiones de Burdeau, de que "lo quiera o no, el politicólogo está implicado en la aventura que analiza" ⁽⁹³⁾.

El planteo de la objetividad no debe extremarse al punto que se convierta en una pesada y onerosa carga para la ciencia; no podemos ser neutros u objetivos frente a los fenómenos de la vida política, pues importa tanto como permanecer indiferentes a nosotros mismos. La comparación con las ciencias naturales es aparente y la actitud del científico no puede ser igual cuando analiza al hombre que cuando examina, p.e., la vida de las hormigas. Sin embargo, hoy, en nombre de la ecología, respetamos al hormiguero y nos

89 VAN DYKE, Vernon, ob. cit., p. 65.

90 STRASSER, Carlos, ob. cit., p. 46.

91 POPPER, Karl, ob. cit., p. 73, n. 4.

92 BRECHT, Arnold, ob. cit., p. 119.

93 BURDEAU, Georges, ob. cit., p. 79.

prohibimos pisar una hormiguita; en cambio, apadrinados por la teoría empírica, tomamos a nuestros semejantes como meros datos fácticos y los suprimimos sin la menor consideración para con su naturaleza trascendente, estando ausente cualquier reproche de nuestra conciencia. "El que se acepte la extirpación del género humano como un fin —escribió el célebre Albert Einstein—, no puede ser refutado por motivos racionales" ^(93 bis). Desde una postura crudamente objetiva no podrían condenarse regímenes totalitarios, como el nazi o el comunista; las categorías para enjuiciarlos no las suministra la ciencia, en tanto saber objetivo, sino la moral, que es un saber extra-científico.

G — Relativismo Axiológico Científico

Debemos a Max Weber la sistematización y defensa de dos postulados vitales en la epistemología moderna de ciencias sociales: la objetividad y la libre valoración científica. El sociólogo alemán, en sendos ensayos. *La objetividad del conocimiento en las ciencias y en la política sociales* (1904) y *El sentido de la libertad de valoración en las ciencias sociológicas y económicas* (1913, publicado recién en 1917) ⁽⁹⁴⁾, inicia en este siglo el definitivo proceso de consolidación de los estudios sociológicos y científicos en política, apoyado en una filosofía materialista declarada ⁽⁹⁵⁾, y desde la perspectiva de las ciencias físicas o naturales ⁽⁹⁶⁾.

En los pasajes anteriores hemos advertido cómo las diversas notas epistemológicas de la ciencia moderna han inducido a los politicólogos a asimilar su ciencia específica a las de la naturaleza y/o las físico matemáticas; para ello se requiere tratar los objetos políticos como si fueran naturales, de manera tal que recepten acabadamente la metodología positivista. Ahora bien, tanto el positivismo como el antifilosofismo, el teoricismo como el objetivismo demandan una actitud unívoca frente al problema del valor en ciencias sociales. Esta actitud es la de repulsa a toda valoración, por lo que en ciencias sociales está vedado al investigador emitir juicios de valor aprobado-

93bis Citado en BRECHT, Arnold ob. cit., p. 7.

94 Ambos ensayos se reúnen en WEBER, Max, **Sobre la teoría de las ciencias sociales**, trad. de J. Fornas, 2a. ed., (Barcelona, Península, 1974). Otra edición española reúne ambos trabajos bajo el título **Ensayos sobre metodología científica** (Buenos Aires, Amorrortu, 1973).

95 Cuando Weber publicó **La ética protestante y el espíritu del capitalismo**, Hans Delbrück entendió ver en esta obra un tipo de idealismo antimarxista, pero el propio Weber rectificó el aserto: "Yo me opongo a esto —dijo—; soy mucho mas materialista de lo que Delbrück piensa". Citado en RUNCIMAM, W. G., **Crítica de la filosofía de las ciencias sociales de Max Weber**, trad. de E. Peña, (México, F.C.E., 1976), ps. 17-18, n. 4.

96 Ver: STRASSER, Carlos, ob. cit., ps. 198-212; y DAWE, Alan, **La importancia de los valores** en SAHAY, Arun (comp.), **Max Weber y la sociología moderna**, trad. de S. Golman, (Buenos Aires, Paidós, 1974), ps. 53-88.

rios o desaprobatorios de la realidad socio-política, ya se trate de conductas, instituciones o sistemas.

John Dewey, conocido científico norteamericano, en su *Lógica*, conceptualizaba el problema de la manera siguiente: "seguramente el mayor obstáculo particular que aún hoy encuentra el desarrollo de métodos competentes en el terreno de las ciencias sociales es el hecho que se quieran tratar los problemas humanos con categorías como la condena o la aprobación morales, las calificaciones de rectitud o de carácter viciado" ⁽⁹⁷⁾.

El empleo estricto del método científico inhibe de cualquier formulación que signifique un juicio de valor en términos morales. El juicio de valor, no puede ser probado científicamente al carecer de verificabilidad empírica, de control fáctico; sólo se admite la valoración como *hipótesis indemostrable*. Para la moderna ciencia, todo juicio de valor supone la previa existencia y aceptación de categorías absolutas de orden moral natural o sobrenatural, pero cree que la comprobación de la existencia de dicho orden escapa al método científico, por lo que es incontrolable. El método positivo está incapacitado para acreditar, p.e., la existencia o inexistencia de Dios, como también para determinar si la vida humana tiene algún fin último. "El método —escribe Brecht— no pone al científico en la situación de admitir un juicio científico incondicionado de valor, y especialmente un juicio moral. El método científico no puede poner fines" ⁽⁹⁸⁾.

El método científico positivo exige la producción de un saber neutro axiológicamente, que, en el caso específico de la ciencia política se convierte en un conocimiento *meramente explicativo*, que no puede proponer nada como valioso, ni juzgar la bondad o maldad de una ideología o régimen político. Sólo podrá explicar si esta ideología o aquel sistema de gobierno llenan o no eficazmente los fines que se asignaron, sin juzgar estos fines en sí mismos ni proponer otros como más ciertos o verdaderos ⁽⁹⁹⁾.

Este argumento, el del relativismo científico en materia axiológica, constituye una de las diferencias apuntables (según la moderna ciencia política) entre filosofía y ciencia: ésta explica, aquélla juzga; ésta describe, aquélla prescribe; ésta, sin desconocer los valores, no valora; aquélla conoce valorando, pues es el modo específico de su discurso.

Cabe, no obstante su rigorismo lógico, notar una contradicción en este postulado de la moderna epistemología científica. Y es que, al señalar al método científico positivo como el único capaz de producir ciencia, se está emitiendo un juicio de valor consistente, en este caso, en admitir la utilidad o bondad de un específico mecanismo de escrutación de la realidad; al mismo

97 Citado en BRECHT, Arnold, ob. cit., p. 7.

98 BRECHT, Arnold, ob. cit., p. 130.

99 Ver: LABROUSE, Roger, **Introducción a la filosofía política** (Buenos Aires, Sudamericana, 1953), p. 12.

tiempo que se señala la inutilidad o vicio de toda otra metodología que suponga conocimientos apriorísticos no verificables empíricamente.

El reproche que a la filosofía realiza la epistemología moderna, nos parece aplicable a aquellas puramente racionalistas o idealistas (que especulan "a priori"), pero no a aquellos sistemas filosóficos cuyo puente está tendido siempre hacia la realidad, como que de ella parte su reflexión. "Los escolásticos —dijo Spinoza— parten de las cosas; Descartes parte del pensamiento; yo, de Dios"⁽¹⁰⁰⁾.

Por otra parte, de la misma manera que la primacía otorgada a la metodología positivista supone ya un juicio de valor, la aserción misma que veda valorar en ciencias sociales se convierte en un sofisma, en tanto la negativa a valorar constituye de por sí una valoración⁽¹⁰¹⁾. Como dice Rommen, la afirmación que contradiga la posibilidad del juicio ético-valorativo en ciencia política, tiene "implícitamente incluida un juicio moral"⁽¹⁰²⁾.

Sin embargo, prohibir al científico valorar no significa tanto como olvidar que los valores existen, al menos convencionalmente. El valor puede ser tratado por el científico como un objeto empírico controlable y observable, en tanto ocurren por la valoración que la gente realiza. En otras palabras, la ciencia política se preocupa no por el valor en sí, sino por el valor en tanto dato *observable* y *acumulable*, como una cosa fácticamente *mensurable*, en la medida que dicho valor forme parte de una comunidad política. En realidad, lo que mueve a estudio no es valor propiamente dicho sino *las valoraciones*. El valor en sí no tiene valor, en esta perspectiva; la justicia, p.e., es un dato más, ni superior ni inferior, al valor injusticia, como la vida no lo es frente a la muerte. Así, Oliver Benson, parte del supuesto de la relativización del valor y de su conversión a la categoría de dato para facilitar su estudio por medios cuantitativos. La cuantificación, advierte Benson, no responde al interrogante por lo que debe ser, sino por lo que es o hay de valor en una comunidad⁽¹⁰³⁾.

Digamos, finalmente, que desde otra cosmovisión, la del materialismo histórico, se sostiene que la ciencia política debe ser *crítica*, es decir, debe juzgar las ideologías, las instituciones y los sistemas políticos. Pero, mientras que éstos confunden la actitud crítica con una posición *contestataria* de la

100 Citado por GILSON, Etienne, **El realismo metódico**, trad. de V. García Y. 4a. ed., (Madrid, Rialp, 1974), p. 116.

101 La obra de los sociólogos que ponderan el método positivista suele estar plagada de numerosas valoraciones, como Carlos STRASSER lo ha probado con su análisis de **El suicidio** de Durkheim. Ob. cit., ps. 147-155.

102 ROMMEN, Heinrich A., ob. cit., p. 61.

103 BENSON, Oliver, **El laboratorio de ciencia política**, trad. de M. Kitaigorodzky, (Buenos Aires, Amorrortu, 1974), ps. 24-25.

superestructura política y cultural capitalista ⁽¹⁰⁴⁾, nosotros entendemos la crítica política sólo en su necesaria referencia a los eternos valores de la vida humana.

CAPITULO V

CONCLUSIONES

Frente al saber positivista en ciencia política, tal como ha sido expuesto, y desde la perspectiva que inicialmente denomináramos tradicional, podemos realizar el siguiente balance conclusivo:

En primer lugar, entendemos que debe rescatarse el *valor analógico* del concepto de ciencia, lo que llevará a admitir como tales no sólo a los saberes metódicos y sistemáticos en el sentido actual, sino también a los etiológicos que pretenden alcanzar verdades universales. Es criticable la univocidad que se le ha asignado a la ciencia por la moderna epistemología científica, la que, en expresiones de Strasser, "inyecta de contrabando, pero no menos inevitablemente, la unicidad de los cánones científicos, volviendo universales a los cánones de *un* tipo de ciencia (en ajuste con *sus* objetos de ciencia)" ⁽¹⁰⁵⁾.

En segundo lugar, debemos llamar la atención sobre la *unidad del saber humano*, lo que hace menester la comunicación de los diversos ámbitos científicos. En este sentido, es falsa la oposición entre empiria y metafísica, traducida en términos de un continuo "ciencia no ciencia", pues todas las ciencias necesitan formalmente de la filosofía, como supremo saber causal. "Cualquier empresa científica presupone —dice Sanguinetti— que existe el mundo exterior, que es ordenado, y que el hombre puede conocerlo; desentrañar estos presupuestos es tarea de la filosofía" ⁽¹⁰⁶⁾.

Si hemos de acercarnos, en consecuencia, a las ciencias a la filosofía, no creemos que sea la empírica la única aceptable y que proporcione, como lo manifiesta Dewey, "los únicos medios para aprender algo acerca del hombre y del mundo en el cual éste vive" ⁽¹⁰⁷⁾. Muy por el contrario, solamente una auténtica filosofía realista, capaz de superar los marcos empíricos y elevarse,

104 Ver, entre otros, KAPLAN, Marcos, **Teoría política y realidad latinoamericana** (México, F.C.E., 1976), p. 65; KAMMLER, Jörg, **Objeto y método de la ciencia política** en ABENDROTH, Wolfgang y LENK, Kurt (eds.), **Introducción a la ciencia política**, trad. de M. Faber-Kaiser, (Barcelona, Anagrama, 1971), ps. 14, 24, 26, etc.

105 STRASSER, Carlos, ob. cit., p. 172.

106 SANGUINETTI, Juan Josa, ob. cit., p. 85.

107 DEWEY, John, **El hombre y sus problemas**, 3a. ed., trad. de E. Prieto, (Buenos Aires, Paidós, 1967), p. 184.

por sobre este nivel, hasta lo universal, está plenamente habilitada para dialogar con las ciencias positivas.

En tercer lugar, respecto de la moderna ciencia política en particular, concluimos lo que sigue:

a) la esencia de la política no consiste en el exclusivo juego del poder, de la violencia física legítima; ni el poder es violencia, ni la violencia es la vía propia de la política. Esta sólo puede concebirse como la actividad humana encaminada al perfeccionamiento del hombre en comunidad a través del bien propio del estado;

b) no podemos construir una verdadera ciencia de la política con abstracción del fin de la política misma. Esto señala la necesaria comunicación entre el estudio de los fines y las demás causas del ser político, de manera tal que si intentamos delimitar la ciencia política como el estudio del poder político, ello supondrá la existencia de fines políticos cuyo análisis compete a la filosofía política;

c) tampoco es admisible un exclusivo saber teórico de la política, ya que el objeto de esta es eminentemente práctico, como que se trata de un bien, por lo que, una correcta comprensión de la ciencia política no debe enervar o amputar la voluntad política ni su educación. El nivel teórico debe extenderse al práctico en los estudios políticos;

d) la objetividad en política es relativa, por lo que no debe hacerse extrema en el tratamiento de realidades humanas. Si bien es admisible y legítimo el estudio de las cosas políticas en el sólo nivel fenoménico, la abstracción absoluta del significado y esencia del comportamiento político sume a esta ciencia en un hiperfactualismo ininteligible de aquellas;

e) finalmente, la neutralidad axiológica valorativa no es sino la consecuencia de una objetividad llevada a lo absoluto. De acuerdo a lo ya expuesto, creemos inaceptable construir el edificio de la ciencia política sin referencia a los valores y fines implicados y perseguidos en la vida comunitaria.

En el momento de juzgar lo que el positivismo ha dejado a la ciencia política, debemos reconocer sus escasos frutos. Sucede, como en el terreno de la ciencia jurídica, que sus aportes han sido parciales y relativos, incapaces de otorgar una explicación plena de la política. En el estudio del derecho, p.e. el positivismo significó un avance en los estudios normológicos, es decir, en el plano exclusivo de las normas positivas; en el estudio del ser político, el positivismo se ha traducido en una fuerte corriente sociológica dedicada al examen de la composición de la sociedad, de las relaciones entre lo social y lo político, de la influencia de los intereses sectoriales en las decisiones del gobierno, etc. Pero, al igual que en lo jurídico, el positivismo político es meramente descriptivo, incompetente para indagar por todo aquello que se halla "más allá de sus narices", inerte para inquirir por otra cosa que no sean los datos empíricos.

No queda otro camino que superar el positivismo. Para hacerlo, no creemos que deba comenzarse sino por donde el positivismo inició su oficio, es decir, debemos partir de modificar la actitud del hombre de ciencias, por restablecer una disposición espiritual más abierta a la verdad. Esta nueva postura podría resumirse en las siguientes palabras de Maritain: "Hemos menester, no verdades que nos sirvan, sino de una verdad a la cual sirvamos" ⁽¹⁰⁸⁾.

108 MARITAIN, Jacques, ob. cit., t. 1, p. 24.